

EL SÉPTIMO CÍRCULO

**PESADILLA
EN
MANHATTAN**

POR
THOMAS WALSH



Este libro es la historia de un secuestro, el secuestro de Tony Murchison, un juicioso y tímido niño de seis años, hijo del acaudalado Henry L. Murchison. La secretaria, Frances Kennedy, ha visto al niño una sola vez y ya lo quiere... Después aparece el hombre de pelo rojo, de fríos y aviesos ojos azules y el otro hombre, que bajo el sobretodo esconde un revólver. En una tarde gris, azotada de ráfagas de nieve, estos individuos, guiando un automóvil dorado, tratan de chocar del automóvil en que viaja Frances Kennedy. Nada le ocurrió entonces a la muchacha, pero al rato se encontró con los mismos hombres en el compartimiento de un tren.

PESADILLA EN MANHATTAN

Thomas Walsh

CAPÍTULO PRIMERO

Tony Murchison almorzó con ella. Era un chiquillo de seis años, tímido pero bien educado, que durante la comida examinó a Frances con discreta curiosidad; y luego, todo lo que ella recordaba de él era una cara redonda, un aire serio, una camisa a cuadros azules y blancos igual a la que usan los vaqueros, y uno de esos enormes lápices «Tío Sam». Momentos después, cuando se disponía a partir hacia la escuela, para la sesión de la tarde, al oír nuevamente el teclear de la máquina de escribir, apareció en el escritorio de su padre y se puso a observar juiciosamente, pero con marcada fascinación, el suave tintineo y centelleo de las teclas que Frances manipulaba.

Se acercó tan sólo hasta el vano de la puerta del vestíbulo y desvió la mirada con gran solemnidad y sin el menor asomo de una sonrisa cuando Frances lo descubrió en esa posición. Permaneció allí durante algunos minutos, como si le fuese totalmente indiferente lo que ella hacía, y, finalmente, dio un paso hacia adelante sin cesar de observar los dedos de la joven. Frances simuló no verlo; y él avanzó otro paso, luego otro y otro más.

—Yo podría hacer eso —le dijo, y eran éstas casi las primeras palabras que le dirigía.

Frances respondió que ella también lo creía así; no era tan terriblemente difícil; pero ¿podría Tony hacer soldados?

—¿Soldados? —le preguntó al tiempo que la examinaba de nuevo con gran seriedad—. ¿Con eso?

Frances golpeó ligeramente algunas teclas con lo que debía de parecerle a Tony una celeridad mágica, y dibujó una columna diagonal de guardias, todos con sus fusiles sobre el hombro derecho.

—¡Oh! —exclamó Tony, y luego se abotonó su sobretodo azul pausadamente y con destreza, mientras examinaba primero a los guardias y luego a Frances. No dijo nada más, permaneció tan grave como siempre, pero cuando regresó al escritorio, unos minutos más tarde, la joven comprendió que había logrado una conquista, porque el niño traía consigo su nuevo libro de láminas con un espléndido tigre negro y amarillo en la portada.

Quería saber, y se lo preguntó a Frances con imponente formalidad, si ella creía que un tigre como ése podría matar a un elefante. Eso era lo que le había dicho un chico, continuó informándole, pero por supuesto había muchos chicos que eran capaces de decir cualquier cosa, ¿no es cierto?

—De verdad que sí —le respondió Frances con afecto—. Pero yo no les creería. No tienes por qué hacerles caso, ¿sabes?

—¡Ah, yo no les creo! —replicó Tony Murchison—. No siempre. ¿Sabe una cosa? Estoy en primer grado. Voy a la escuela. ¿No se lo dijo mi papá?

Frances se mostró debidamente impresionada por la escuela, y a Tony Murchison pareció haberle impresionado Frances. A las doce y cincuenta, después de una corta pero amistosa conversación, guardó el papel con los soldados en su bolsillo junto con el lápiz «Tío Sam», y se preparó para marcharse a ese muy importante primer grado suyo en la Escuela para externos San Hilario. Luego, desde el vano de la puerta del escritorio, hizo una confesión que satisfizo a Frances sobremanera.

—Usted me gusta —le dijo, y movió la cabeza afirmativamente con mucha seriedad—. Es simpática... y creo que también bonita. ¿Dónde vive?

Frances no volvió a verlo más. Se fue a la escuela con su sobretodo azul, mitones rojos y la gorra también azul del uniforme del colegio. Frances había terminado su trabajo más o menos veinte minutos antes de que Tony regresara a su casa desde San Hilario. Había venido esa mañana a North Rhinehill, para pasar a máquina en la casa de *Mr. Murchison* una extensa e importante memoria sobre el Petróleo Coronet; y ahora salía apresuradamente con el informe terminado, para tratar de alcanzar el tren de las 14 y 55 en la estación de North Rhinehill.

Era una tarde gris de febrero, peligrosa para el tránsito de automóviles, con un viento penetrante que traía de cuando en cuando espesas ráfagas de nieve; y en una ocasión, Charles, el viejo chofer de los Murchison, estuvo a punto de tener un accidente al maniobrar en la carretera acanalada que pasaba por la escuela San Hilario y llevaba hasta el pueblo.

Apenas habían dejado atrás los grandes edificios grises del colegio donde Charles debía recoger a Tony Murchison en el viaje de regreso, cuando un sedán acerado pareció surgir de improviso tras ellos de la nada y trató de adelantárseles desviándose hacia la derecha, o bien patinó y obligó a Charles a virar sobre la nieve acumulada en el borde del camino.

Había tres hombres apiñados en el asiento delantero del sedán, pero Frances sólo pudo distinguir con claridad al que se encontraba más próximo a ella. Éste examinó el automóvil de los Murchison, en un rápido vistazo, con sus fríos ojos azules de mirar desagradable; luego habló con el que conducía y se alejaron inmediatamente del lugar.

Ésa fue la primera vez que Frances lo vio.

Volvió a encontrarlo cerca de una hora más tarde en Chester Falls, dos estaciones después. El mismo sedán acerado apareció a toda velocidad, patinando peligrosamente hasta llegar al extremo superior de la plataforma de pasajeros; dos hombres saltaron de él, cruzaron corriendo el an-

dén en diagonal y se colgaron de los escalones del último coche (el de Frances), en el mismo momento en que el tren de las 14 y 55, que había llegado con un retraso de cuarenta minutos a North Rhinehill, se ponía en marcha tratando de recuperar el tiempo perdido.

El hombre de ojos azules que, de pie, según pudo observar Frances, era muy corpulento y de vigoroso aspecto, con una boca grande y dura, mandíbulas chatas y pelo rojo, abrió un momento después la puerta del coche del lado de la plataforma, y su compañero se apretujó contra él para pasar primero y luego contra Frances, que estaba sentada en el primer asiento sobre el pasillo central. Este hombre, que parecía estar extremadamente nervioso e inquieto, mantenía la mano por debajo de su sobretodo, como si se aferrara a algo, y cuando una sacudida del tren lo arrojó sobre Frances, al entreabrírsele el sobretodo una o dos pulgadas, la joven pudo ver qué era lo que escondía: un revólver. Lo vio tan sólo un segundo o poco más: luego, el hombre más pequeño ya estaba a su lado en el coche, y el grande pelirrojo, que ahora simulaba no conocer al otro, había tomado el primer asiento que se le ofreció, justamente frente a Frances.

La muchacha comenzó a observarlo disimuladamente con cierto desasosiego. Parecía muy extraño que, si habían querido alcanzar el tren de las 14 y 55, no hubiesen subido en North Rhinehill en lugar de correr desesperadamente hasta Chester Falls por las heladas y peligrosas carreteras de febrero. Quizás habían hecho algo en North Rhinehill, comenzó a pensar Frances poco a poco y contra su voluntad: así se explicaría por qué se habían separado en el tren como si fuesen desconocidos y por qué el más pequeño llevaba un revólver. No tendrían ningún deseo de llamar la atención para ser luego recordados y descriptos; por eso se habían dirigido hasta Chester Falls y dos de ellos habían subido al tren mientras el tercero, el que conducía el automóvil.

El individuo grande de los ojos azules de mirar desagradable debió de sentir que Frances lo observaba. Se volvió de pronto con una especie de ligereza salvaje y alerta, pero Frances desvió la mirada. Sin embargo, su corazón comenzó a latir apresuradamente, y se sintió estúpidamente reconfortada a pesar de hallarse en ese coche diurno lleno de pasajeros, cuando él no pareció reconocerla como una ocupante del automóvil de los Murchison.

El fornido sujeto la miró durante un minuto o dos, con las cuadradas mandíbulas apretadas y la boca grande rígida, y luego se volvió hacia su ventanilla. Cuando el tren retardó la marcha al aproximarse a Ballerton, Frances se puso de pie con el corazón aún palpitante y salió por la plataforma hasta el coche siguiente.

Se decía a sí misma que, por supuesto, no haría absolutamente nada sobre esos hombres y su revólver. Todo lo que deseaba era alejarse del hombre grande y del otro que iba armado. Después de todo, no se trataba de un asunto de su incumbencia. No. Frances razonaba con mucha lógica y calma ahora que el corpulento sujeto no la observaba con esos ojos de un color celeste tan extraño. Se sentó; luego vino el guarda, le pidió el billete y comenzó a discutir con ella porque no había traído consigo el talón del asiento del coche de atrás.

Frances debía de estar mucho más trastornada de lo que pensaba, porque también se puso a discutir con él. Le replicó, excitada y casi sin aliento, que en lugar de armar un alboroto por cosas tan fútiles como los talones de los asientos, debería fijarse en lo que sucedía en el tren, porque...

El guarda, que posiblemente tenía sus propias preocupaciones al hallarse a cargo del tren número 52 en un tiempo como éste, puso las manos sobre las caderas y la miró descaradamente, a la vez que le preguntaba:

—¿Como qué, por ejemplo?

Y ella le contó lo que sabía sobre el revólver y los hombres, pero tal vez no fue muy convincente en su exposición.

El guarda hizo un movimiento brusco y replicó:

—Seguro: hay mucha gente que ve cosas raras que suceden en los trenes o desde los trenes... o se imaginan que las ven. ¿Sabe, señorita, lo que tiene que hacer? Olvídese de todo eso; olvídese y nada más. Hágame el favor, ¿quiere?

Un señor de edad madura, sentado al lado de Frances, intercambió miradas de entendimiento con el guarda, con un aire de superioridad masculina tal, que terminó por enfurecer aún más a la joven. Ella dijo algunas cosas; el guarda dijo otras, y por último, ella lo siguió hasta la plataforma y discutió con él casi todo el camino desde Ballerton hasta Millvale Center.

—Oiga —replicó el guarda y apretó los labios con firmeza un momento—. ¡Cállese la boca! Se lo advierto, ¿comprende? De lo contrario, se va a ver envuelta en algo que no le agrada. Lo único que tengo que hacer en un caso así es telegrafiar por adelantado, y enviarán un agente para que la espere a su llegada a la estación Manhattan. Eso es lo que se me ordena que disponga en enredos como éste. ¿Es eso lo que usted quiere?

Frances, que estaba lejos de desear tal cosa, vaciló y se mordió el labio. Tenía la sospecha de lo que un policía en la estación Manhattan significaría: preguntas, tal vez mal humor, tal vez serias dificultades si se encontraba el revólver, o aun en el caso de que no se lo encontrara.

—Y —contestó— no sé si... —El guarda sonrió burlonamente en el momento menos oportuno; entonces Frances lo tomó del brazo y agregó quedamente—: Creo que sí. Creo que tal vez sea lo mejor.

—Muy bien —asintió éste. Pensaba con una especie de torvo desquite que le encargaría a Willie Calhoun que aclarara este asunto; y que así ella aprendería a tener un poco más de sentido común y mejores modales, y a no molestar a la gente que no se mete en lo que no le importa, una vez que Willie Calhoun acabara con ella—. De acuerdo, señori-

ta. —Luego se dirigió al coche de atrás y vociferó—: Millvale Center. —Empujó la puerta interior del vagón, luego la exterior y descendió al andén. La nieve se arremolinaba en torno suyo; se volvió a mirar a Frances una vez más y entró en la boletería.

Fue desde allí y en esta forma como se envió un mensaje alrededor de las dieciséis y veinte desde el tren número 52. Fue retransmitido casi inmediatamente a la estación Manhattan, donde fue entregado, en una pequeña oficina del piso alto, a un tal Teniente William Patrick Calhoun, que actuaba como jefe de la policía ferroviaria todas las tardes desde las dieciséis horas hasta la medianoche.

El teniente Calhoun echó un vistazo a la poco explicativa comunicación oficial que reclamaba la presencia de alguno de los integrantes del cuerpo de policía ferroviaria a la llegada del tren número 52; y como esta noticia le había llegado en un momento de extrema ocupación, en el preciso instante en que se disponía a partir para la primera inspección del atardecer de la estación bajo su vigilancia, se acomodó el sombrero gris con visible irritación y se abotonó el modesto sobretodo del mismo color. En algunos lugares lo conocían como el Rudo Willie y tal era el aspecto que tenía ahora con el pecho hacia afuera y la mandíbula prominente, al arrojar la delgada hoja de papel al empleado por encima del conmutador telefónico; y como tal actuaba en el balcón del vestíbulo al que daba precisamente su oficina, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón por debajo del sobretodo, mientras observaba malhumorado toda la zona de la estación Manhattan que se distinguía desde esa ventajosa posición.

Exactamente por debajo de donde se hallaba, del otro lado de una pequeña barandilla, había una enorme sala de forma rectangular, que medía cerca de unos cuatrocientos pies de largo y posiblemente más de ciento veinte pies de ancho. Por encima de su cabeza, hacia los lados este y oeste del vestíbulo, dos series idénticas de ventanas aboveda-

das contribuían a acentuar más aún la temprana oscuridad de ese día de febrero; y por encima y entre ellas, una complicada red de vigas de acero semejantes a hilos, poco visibles desde abajo, se extendía de norte a sur formando un enorme arco arbotante.

El amplio vestíbulo estaba brillantemente iluminado, y todo a esta hora, en este viernes al atardecer —el primer día de un largo y festivo fin de semana— era como el teniente Calhoun había supuesto que debía ser. Recibió la acostumbrada impresión de un conjunto de vidrios, mármol, brillo, lustre y gente; ruido, equipajes, confusiones y changadores, y un reloj dorado de cuatro esferas, centro y eje de la estación Manhattan, que se destacaba con impasible serenidad desde adentro de esa fortaleza circular asediada por el público que era el quiosco de informaciones.

Durante toda la tarde se habían formado filas de pasajeros impacientes en las ventanillas de las boleterías frente a Calhoun, sobre uno de los lados más largos del rectángulo, y lo primero que éste advirtió, después de verificar la hora de su reloj pulsera con el de la estación, fue que ahora estas filas aumentaban constantemente con personas que llegaban desde una media docena de distintas vías de acceso. Algunos de los recién llegados aparecían en gran número por una escalera mecánica y dos pasajes abovedados situados a su izquierda; otros venían por otros dos pasajes, una ancha escalera de mármol y la entrada que daba a una calle sobre su derecha; pero quizás la mayoría se aproximaba por una enorme rampa más ancha en la base y que cortaba la larga serie de boleterías frente a él en dos mitades iguales y se prolongaba más allá de ellas, desde la sala de espera principal.

Calhoun se detuvo el tiempo suficiente para examinar todos estos detalles imperturbablemente, pero con cuidado, y luego se dirigió por el balcón en dirección a su oficina y descendió al vestíbulo por las escaleras del lado oeste. Primero, de acuerdo con la inspección de rutina, verificó las

señales luminosas debajo del reloj grande, que se encendían y se apagaban continuamente cuando se requería la presencia de un policía del ferrocarril en cualquier punto de la estación Manhattan; luego inspeccionó las ventanillas de las boleterías, la rampa principal y las proximidades de los cuartos de los equipajes que llegaban o salían, y observó si todos sus hombres se hallaban en sus respectivos puestos; luego se abrió paso dificultosamente hacia arriba por la rampa, entre la multitud que entraba en la estación, y se dirigió hacia la sala de espera principal.

Allí se paseó de un lado a otro, con aire casual, por entre los bancos y pasillos; era un joven corpulento, de anchos hombros, mandíbulas de boxeador pesado y el gesto brusco, firme y competente. Del otro lado de un puesto de periódicos, miró con fijeza pero inexpresivamente y sin la más mínima señal de reconocimiento a uno de sus agentes, que estaba enfrascado en una alegre conversación con una linda muchacha en el quiosco de Ayuda al Viajero. Poco después, el agente advirtió su presencia y, sonrojándose, se enderezó inmediatamente y volvió a tomar el puesto que le correspondía frente a las puertas que comunicaban con la calle.

Calhoun se le acercó y, sin detenerse, le hizo algunas observaciones efectivas en voz baja en esa dirección; luego siguió por una escalera interna hacia un costado que lo llevó al acalorado trajín y bullicio del baño para caballeros, y desde allí, dado que todo le parecía normal como de costumbre, bajó por otra rampa al piso inferior de los viajeros abonados.

Su trabajo diario a esta hora era inspeccionar los dos pisos de la estación y todas las galerías y pasajes, a la espera de carteristas conocidos o ladrones de equipajes; observar las condiciones en que se hallaban las salas de espera, los lavatorios, los portones de acceso a las vías y las cercanías del quiosco de informaciones; intervenir rápidamente siempre que fuese necesario cuando hubiese una persona, un

lugar o una cosa sospechosos, y asegurarse de que todo estaba en orden durante la hora más activa del día en la estación Manhattan.

Para poder cumplir su misión, debía inspeccionar personalmente cada rincón de la estación y todos los establecimientos comerciales allí instalados, de los que había un buen número, tales como barberías, puestos de venta de periódicos, oficinas telegráficas, cabinas telefónicas, restaurantes y bares, y, por supuesto, cómodamente escondidas en largos pasajes interiores, atrayentes librerías y bombonerías, florerías, tiendas de venta de valijas y baúles, y mostradores para venta de helados y *icecream sodas*. Sin embargo, Calhoun dio por terminada la inspección cerca de las diecisiete horas y se dirigió entonces, contoneándose inconscientemente con ese aire de bravucón que le daba su forma de caminar de hombre fornido, a otra sala de mármol situada en el extremo noroeste de la estación.

Era aquí donde la hora de llegada y el número de vía de todos los trenes que entraban estaban indicados en una enorme pizarra. Calhoun inquirió una vez más a qué hora se esperaba el tren número 52, tan sólo por asegurarse, y luego abrió una decorada puerta de mármol sobre cuyo arco se leía la palabra «Taxímetros». Más allá había una plataforma larga y angosta donde hacía mucho más frío y viento que en la sala de los avisos.

Los taxímetros se sucedían unos a otros avanzando velozes por el angosto túnel a su derecha; aparecían de pronto a la vuelta de la esquina con los «capots» y los guardabarros cubiertos de nieve y los limpiaparabrisas chirriando en impacientes sacudidas de derecha a izquierda. Changadores y pasajeros se daban de empujones en su afán por ser los primeros en alcanzar un taxímetro; una mezcla confusa de distintos tipos de ruido del tránsito y el tumulto humano parecía rebotar sobre el Teniente Calhoun desde los sucios muros de ladrillo y el bajo techo; y en el centro mismo del túnel, de pie, con las piernas separadas, como si estuviese

clavado a la plataforma de seguridad de hormigón, un hombrecillo con una gorra que lo identificaba como el empleado del ferrocarril encargado de dirigir el tránsito de taxímetros, intentaba, moviendo salvajemente los brazos hacia abajo, activar la circulación de los automóviles que entraban hasta el andén y continuaban hacia el exterior.

Considerando la diferencia de tamaño, aquí fuera había mucha más gente que en el vestíbulo principal, de manera que Calhoun se veía obligado a caminar muy lentamente, mientras escudriñaba con sus ojos grises todos los rincones, especialmente las filas de equipajes, la gente que rondaba alrededor de ellas, los taxímetros y los changadores, y las pasajeras sobreexcitadas que se lanzaban precipitadamente a la calle para llamar a un taxímetro y dejaban abandonada detrás de ellas, sobre el andén, una maleta por valor de cien o ciento cincuenta dólares.

Calhoun apretaba los labios al verlas, porque era habitual en él durante las primeras horas del servicio impacientarse por muchos de los incidentes que ocurrían y mucha de la gente que viajaba, pero al mismo tiempo les vigilaba las maletas. En el extremo inferior de la plataforma cambió unas palabras con otro de sus agentes, y, finalmente, a las diecisiete y diez volvió a entrar en el vestíbulo principal de la estación Manhattan por otro pasaje.

Esta vez lo cruzó en diagonal de sur a norte y salió por el portón de acceso a las vías frente al quiosco de informaciones. Más allá del portón estaba mucho más oscuro, tranquilo y vacío que en ninguna otra parte de la estación. En la plataforma 24, desde donde había partido el Expreso Buckeye para Búfalo y el Mediano Oeste, todavía estaban encendidas las luces, pero las demás, aun aquellas de donde debían salir otros trenes más tarde, parecían desiertas y llenas de sombras. Bajo el cobertizo subterráneo de la plataforma se oía el eco de algunas voces que resonaban en una forma extraña, como si estuvieran separadas de los cuerpos a los que pertenecían. Las sacas de correspondencia esta-

ban apiladas, aparentemente al azar, donde habían sido arrojadas por una fila de buzones tubulares desde la colmena que era la oficina de correos de la estación Manhattan, y la iluminación de esa zona permitió a Calhoun distinguir un intrincado laberinto de rieles que centelleaban y se estrechaban a lo lejos en un oscuro mundo invisible.

Un changador apareció por una de las plataformas en un furgón eléctrico vacío y pasó a escasa velocidad cerca de Calhoun; por fin, éste se instaló detrás de los paragolpes correspondientes a las vías por donde debía llegar el tren número 52. En las sombras, parecía adquirir aún más corpulencia de la que realmente tenía, quizás por su textura sólida y rechoncha, los anchos hombros y los imponentes y poderosos brazos y piernas. Tenía treinta años de edad, pero en apariencia y modo de ser era uno de esos individuos toscos y seguros de sí mismos que dan la impresión de una adulta madurez competente más que de una edad determinada. Tenía el pelo negro, la mandíbula prominente semejante a un bulldog, y los ojos grises muy hundidos en las órbitas, como los de un boxeador, a los lados de una nariz chata; su tez, de la que a menudo se avergonzaba, era casi tan tersa, suave y delicada como la de un niño. Caminaba habitualmente con la mandíbula hacia afuera y el pecho erguido, con un marcado balanceo o especie de contoneo un tanto jactancioso, como si se viese obligado a hacerlo para equilibrar los hombros. Siempre se vestía como ahora, muy masculinamente, con ropas pulcras y aseo, nada llamativas. La impresión que producía a primera vista a la mayoría de la gente era de obstinada tenacidad, desafiante y alerta, y de vigor físico y resistencia inquebrantables.

A las diecisiete y veinte, cuando percibió una ligera vibración bajo sus pies, se quitó el cigarrillo de entre los labios con un gesto delicado, lo dejó caer por entre dos dedos, luego lo pisó, y con las manos en las caderas, se colocó frente a la plataforma de pasajeros. Permaneció en esa